

Una vida, **UNA NOVELA**

MARILYN MONROE

**SU INFANCIA
FUE DESGRACIADA**

Una foto la
hace famosa

**ADMIRADA, PERO
NO AMADA**

2
PTAS.

¡Están a la venta!

MONTGOMERY CLIFT.— Uno de los pocos actores jóvenes que saben imprimir carácter a sus personajes. Su personalidad misteriosa le será revelada con todo detalle en esta amena biografía, como una ventana abierta sobre la vida del protagonista de «Un lugar en el sol», «Estación Termini», «Yo confieso», y tantas otras películas de indiscutible calidad.



GARY COOPER.— Giselle Pascal y Patricia Neal juegan un importante papel en la vida de Gary. No obstante es Rocky, la esposa, quien triunfa en el corazón de este hombre bueno y simpático. Una interesante biografía en la que se describe su ascenso de fracasado caricaturista a primera figura de la pantalla.

ELIZABETH TAYLOR.— La muchacha de grandes ojos y dulce mirada, mimada por la fortuna desde sus primeros pasos en el cine, ha aprendido con Mike Wilding lo que significa ser una esposa. La apasionante historia de una niña que ha crecido ante las cámaras y que cometió el error de contraer matrimonio antes de ser mujer.



UNA VIDA, UNA NOVELA

MARILYN MONROE

- ♦ La más atractiva estrella del cine actual pasó gran parte de su infancia en un orfelinato.
- ♦ Un periodista de Hollywood la calificó como la actriz más amada por los hombres y más odiada por las mujeres.
- ♦ Su gran belleza no le ha conseguido la felicidad en el amor.

Volumen n.º 6
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

*Derechos reservados
Copyright by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

POCAS actrices, por no decir ninguna, brillan en el firmamento de Hollywood con luz tan fúlgida como la explosiva reina del sex-appeal Marilyn Monroe. Pero tampoco ninguna ha tenido unos principios tan difíciles como la rubia Marilyn.

La que acapara la atención cinematográfica mundial, hoy en día, sufrió enormes contrariedades y reveses de fortuna antes de lograr asegurar su existencia y llegar al estrellato. Y la estrella que ahora brilla para ella con toda lucidez fué en su infancia y adolescencia de una negra oscuridad.

La lucha por la vida resultó tremenda. Baste considerar que a los dos años de edad, en 1930, moría su padre víctima de accidente. A consecuencia de ello su madre, Gladys Baker, que amaba locamente a su marido, sufría los primeros trastornos mentales y debía ser internada en sanatorios y establecimientos de reposo para cuidar su desquiciada razón.

Norma, Jean Baker, que luego se convertiría en Marilyn Monroe, quedó huérfana a los cinco años de edad.

Una amiga de Gladys Baker se hizo cargo de la niña; pero se encontró imposibilitada muy pronto, por cuestiones económicas, de seguir manteniendo a la pequeña Norma, viéndose en la obligación de dejarla en un orfanato de Los Angeles, ciudad en la que había nacido en junio de 1928.

Allí, Norma sufrió el triste sino de los niños abandonados física y moralmente, faltos de cariño, cuya soñadora fantasía ve tronchadas sus mejores ilusiones por los continuos y duros golpes de la suerte.

Del orfanato la saca la señora Lower, que trata a Norma como a una hija, prodigándole los mayores cuidados, haciendo todo lo posible para suavizar la amargura de su desgracia.

En el orfanato se había formado en la futura estrella un temperamento arisco y resentido, influida por el ambiente desabrido donde vivía. Su protectora consigue que este carácter se torne más abierto y comunicativo. Confía su educación a un buen colegio, donde la pequeña se ve rodeada de excelentes amigas con las que interpreta diversos papeles en el teatro de la escuela.

Cuando la vida parecía que empezaba a sonreírle y se presentaba un porvenir tranquilo y feliz junto a aquella familia, la desgracia le asestó un nuevo golpe.

En 1941, la desdicha vuelve a hacer presa en la infeliz Norma. La señora Lower cae gravemente enferma y no puede proseguir su benéfica acción sobre ella, por lo que Norma debe volver a aquel orfanato donde tanto se agrió su carácter. Pero esta estancia dura poco. La dirección la confía a otros padres adoptivos que le hacen continuar sus estudios. Poco después, en 1943, es nuevamente abandonada. Sus nuevos padres deben partir lejos, sin que exista la posibilidad de llevarla con ellos.

Se halla, a los quince años, sola una vez más, ante la perspectiva de volver al orfanato o a cual-

quier institución donde sabe no ha de encontrar ningún cariño. Su negra estrella, su destino fatal, vuelve a cernirse sobre ella. Norma se sume en un irreprimible estado de desesperación.

No es raro que una muchacha a su edad y en su situación se agarre a la primera tabla de salvación que encuentra a mano, y tal es lo que hace Norma Jean Baker. Su tabla de salvación es Tom Dougherty.

Tom es un buen muchacho, agradable y simpático, al que Norma ha cobrado un gran afecto. Cree que éste es el mismo sentimiento que le liga a él con ella. Si tuviera un poco más de experiencia de la vida, vería que las miradas de Tom y sus expresiones no son las de un simple amigo.

Como en otras ocasiones pasean por los solitarios jardincillos de Country Park. Norma ya conoce su nuevo destino y llora desconsoladamente. Tom la sienta en un banco y hace imposibles para calmarla.

—No puedes imaginarte —dice ella— lo que es aquello. Hay muchísima gente, pero te encuentras sola. Es como cuando vas por en medio de una multitud, te empujan, caes y nadie te hace caso. Aquello es espantoso. Nadie te quiere, te tratan como a un bicho sin alma.

—No llores, Norma. Ya eres mayor y no volverás a aquel lugar —responde Tom—. No pueden meterte otra vez allí. Verás como todo se arregla.

—Gracias, Tom, por querer consolarme. Pero, ya ves, estoy sola y no me queda otro remedio. No tengo otro sitio a donde ir. Al fin y al cabo la vida allí es triste pero no desesperada —añade un poco resignada.

—Tú no volverás, Norma. No lo toleraré. Te lo aseguro —protesta Tom. Y continuó con un nudo en la garganta—: Vendrás a mi casa.

—Eso es imposible, Tom —replica ella—. Allí no querrán a una intrusa como yo, la pequeña Norma.

—Quizá no quieran a la pequeña Norma Jean Baker. Pero sí a la señora Norma Dougherty —dice enérgicamente Tom. Y luego, dulcificando la voz, pregunta—: ¿Quieres casarte conmigo, Norma?

Norma no vió otro camino para escapar a su destino fatal que aquella boda que la ponía a la altura de las demás personas normales, a las que el solo hecho de tener una familia daba una seguridad y bienestar que ella nunca había conocido.

No fué el amor lo que la impulsó al matrimonio, sino la necesidad de verse respetada y rodeada de cariño, teniendo su puesto definido en la sociedad. Ella misma ha confesado más tarde que esto fué lo que la impulsó a aceptar a Tom, junto con la simpatía y el afecto que él tan desinteresadamente le ofrecía.

Pero estas razones no eran suficientes para ligar a dos personas largo tiempo. La separación se produjo al año siguiente, sin ninguna violencia y con el asentimiento de ambas partes.

* * *

A los dieciséis años se ve libre y nuevamente sola, pero con la seguridad en sí misma que antes le faltara. Ahora se siente capaz de trabajar y

ganarse la vida modestamente aunque con completa independencia.

Entra en una fábrica dedicada a la confección de paracaídas. Pero esto le produce unos ingresos muy limitados y tiene que ayudarse haciendo de modelo para fotografías, algunas de las cuales aparecen en la portada de diversas revistas. Con ello consigue un notable éxito, pero escaso beneficio económico.

Norma habla con las restantes modelos de vez en cuando y ve en todas ellas el deseo de ir a Hollywood y ser estrellas. Se va contagiando de estos anhelos. Ella también sueña con una casita en Beverly Hills y con el éxito y la admiración.

Sus sueños se hacen más insistentes cuando su íntima amiga Bret, que ha conseguido actuar en algunos papeles cortos en películas de la Fox, le promete que logrará trabajo para ella.

Norma ha caído enferma y se halla convaleciente en una clínica. Bret va a verla, llevándole la gran noticia: trabajarán juntas.

Al entrar en la clínica, Bret encuentra por uno de los pasillos al célebre productor Howard Hugues. Este lleva una pierna enyesada a consecuencia de un accidente de aviación. Se conocen de tiempo atrás y se saludan efusivamente. Apoyándose en una muleta, Howard sigue a su amiga a la habitación de Norma.

—Lo conseguí, Norma —grita Bret al entrar—. Dentro de pocos días iremos a los estudios. Es poca cosa, pero estamos en el principio. ¡Ah! Te presento a Howard Hugues.

Norma quedó muda de admiración. Acaba de

recibir la gran noticia y al mismo tiempo le presentan a un magnate del cine.

—Bret, tú no cuentas con los amigos —dice Howard, estrechando la mano de la enferma, de la que no ha separado los ojos desde que entró—. Una preciosa chica como esta debías habérmela presentado antes. Me encantaría que trabajara conmigo. Hay que dejar eso de la Fox. Tendrá un porvenir más brillante conmigo.

Norma sonríe entusiasmada por las palabras del famoso personaje. De buen gusto iría con aquel hombre tan cordial, pero se siente demasiado agradecida y feliz por los favores de su amiga y se niega a separarse de ella.

—Lo siento, señor Hugues —dice—. Pero siempre he tenido la ilusión de actuar junto a Bret. ¡Si usted supiera cuánto ha hecho ella por mí!

A los pocos días firmó el contrato con la 20th-Century Fox por el plazo de un año. Durante este tiempo rodó una pequeña escena en «Scudda Hoo, Scudda Hay», escena que no se visionó en las pantallas porque fué suprimida en el montaje.

Al finalizar el contrato, pasó unas semanas en la Columbia, con la que filmó otro pequeño rol en «Ladies of the Chorus».

Había dejado de posar para los fotógrafos de revistas. Sus medios económicos eran reducidos y pasaba por muchos apuros. Por ello se vió obligada a firmar un nuevo contrato con la Fox a plazo largo, con poca remuneración.

* * *

En 1949 hace su aparición en «Amor en conserva», interpretando un breve «gag» con Groucho Marx. Para este papel se buscó una rubia explosiva y se designó a Marilyn, que contaba 21 años. Fué un pequeño éxito, pero dada la brevedad de su actuación no tuvo trascendencia, aunque le hizo concebir nuevas esperanzas.

Le parece que su negra estrella va perdiendo oscuridad, ya que los caminos del cine van abriéndose para ella. Pero las dificultades económicas la siguen agobiando. Se la va conociendo poco a poco, pero no se la reclama para papeles importantes.

En 1950, actúa en dos grandes películas: «La Jungla de Asfalto» y «Eva al desnudo». Interpreta personajes secundarios que le dan cierto renombre y son luego muy celebrados al producirse su repentino paso a la popularidad. Este paso decisivo fué ocasionado por un hecho casual, cuando Marilyn menos podía esperarlo.

* * *

Volvamos a 1949. Marilyn es una actriz de escasa importancia y de igual o menor importancia son sus ingresos. Se suceden las dificultades para atender a su subsistencia. La vida resulta carísima al verse en la obligación de mantener un ritmo de vida a la altura de las célebres estrellas, asistiendo a fiestas y acudiendo a todas partes para hacerse conocer y procurarse la debida importancia en busca de la gran oportunidad.

Para ello necesita vestirse con la elegancia esplendente que caracteriza a las estrellas hollywoodenses, lo que le ocasiona unos gastos que exceden a sus ingresos. Debe privarse de muchas cosas para atender a las exigencias de su profesión. A pesar de la elegancia de sus vestidos y de sus alardes de bienestar, la economía de Marilyn es verdaderamente desastrosa. Se ve agobiada por las deudas y al borde de que su crédito acabe en todas partes. Esto le obliga a adoptar una medida que la irrita enormemente: posar de nuevo como modelo.

Tom Kelley es el más famoso fotógrafo de Hollywood. Marilyn va a su casa venciendo una enorme repugnancia.

—Tengo necesidad de dinero y quiero posar para usted — dice.

Tom no contesta una palabra. Todas las actrices pasaban por su casa. A veces les daba trabajo, pero no podía acogerlas a todas si no quería arruinarse.

Cuando ve a Marilyn, comprende que se encuentra ante una modelo excepcional. Ve en ella la ocasión de sus más grandes éxitos.

—Esta chica va a ser como una explosión de dinamita; es algo formidable — dice aparte a su esposa y ayudante, Natalie Grasco. Esta, en cuanto la ve, le dirige una mirada de asentimiento.

Marilyn revela unas condiciones magníficas para el trabajo. Posee una paciencia inacabable para repetir una y otra vez las poses que le encarga Tom. Las sesiones se prolongan horas sin que el cansancio o el aburrimiento consigan borrar la sonrisa de sus labios.

Ahora, cuando Marilyn forma en los dúos estelares más famosos del mundo, Tom recuerda con nostalgia aquella modelo que un día fué a pedirle trabajo y lo fascinó desde el primer momento.

—Era algo único — dice a las nubes de periodistas que lo asaltan en busca de noticias de la estrella —. Extraordinaria, un prodigio de la naturaleza. Constante, afectiva, de una gran intuición... —Y Tom se extiende en un sin fin de elogios.

En cierta ocasión, el fotógrafo dijo a su modelo:

—Deberías posar desnuda. Será una prueba artística, forma parte de este oficio. Tú eres la única que no ha posado así.

Marilyn se negó, un poco avergonzada, y siguieron su trabajo habitual. Pero Tom no se dió por vencido e insistió en repetidas ocasiones. Cada vez las negativas resultaban menos enérgicas.

Un día Tom cogió el teléfono para contestar una llamada.

—Tom — escuchó al extremo del hilo —. Tú has ganado, posaré para ti. Vengo en seguida.

Cuando posó Marilyn, Natalie advirtió que era la primera vez que su marido, un artista de la cámara, se encontraba emocionado ante una joven, por perfecta que fuera.

La sesión duró más de dos horas. Marilyn aparecía perfecta, magnífica. Su belleza rubia armonizaba maravillosamente con el fondo rojo que Tom había preparado. Durante la sesión se hubiera podido oír volar una mosca en el estudio.

A Tom le parecía que acababan de comenzar y

ya hacía dos horas que Marilyn posaba con la sonrisa en los labios.

—¡Será algo excepcional! —confesó luego a Natalie.

Pero fué mucho más excepcional de lo que él pensara.

En 1951, apareció el retrato de Marilyn que le dió renombre universal. Tom Kelley editó un calendario con la foto en que la estrella se veía en una postura graciosa y alada que, a pesar de la ingenuidad de la misma y de todas sus consideraciones estéticas, no podía disimular los encantos de Marilyn.

Tom esperaba de aquel calendario un gran éxito, quizá el mayor de su vida, pero nunca hubiera imaginado lo que sucedió. A los pocos días, todos los periódicos reproducían la foto, haciendo extensos comentarios acerca de la impresionante modelo. Cayó como una verdadera bomba.

El célebre fotógrafo no podía explicarse el fabuloso éxito obtenido. A los pocos meses, en todos los rincones del país, en tiendas, escaparates, despachos, ocupaba lugar preferente el calendario

* * *

Desde aquel momento, Marilyn se sitúa en el plano de actualidad y de interés mundial que no ha abandonado. En aquella ocasión, pasa a ser y sigue siendo uno de los personajes más populares de los Estados Unidos.

Se sigue proyectando «La Jungla de Asfalto», en la que Marilyn, en el corto papel, luce su deslum-

brante belleza. El público la reconoce como a la modelo del calendario y la película alcanza una enorme difusión.

En este momento la Fox reacciona y se da cuenta de la mina de oro que tiene por explotar. Se confían a Marilyn papeles de primera categoría especulando con su popularidad.

Anteriormente, sólo ha rodado los pequeños roles en que pasó desapercibida, hasta llegar a «La Jungla de Asfalto», que coincide con la publicación del famoso calendario.

Marilyn ha llegado a la fama de golpe, con una rapidez vertiginosa que ha desconcertado a la Fox. Pero ésta quiere aprovechar en seguida el tiempo perdido y, desde este momento, impone a Marilyn un ritmo de trabajo agotador.

Las películas se suceden rápidamente: «Clash by night», «Don't Bother to Knock», «No estamos casados», «Cuatro páginas de la vida», «Me siento rejuvenecer», «Niágara», «Cómo casarse con un millonario», «Los caballeros las prefieren rubias», «Río sin retorno». Desde 1951, la actividad de Marilyn ha sido continuada y todas sus actuaciones se han visto jalonadas por resonantes éxitos económicos, que la han situado a la cabeza de las estrellas taquilleras de la Fox y la han convertido en el ídolo mimado de todos los públicos.

* * *

Ha llegado a la cúspide de la fama y de la fortuna, pero no se siente feliz. Marilyn es envidiada por esposas, estudiantes, jovencitas, estrellas...

millones y millones de mujeres, porque ella posee muchas cosas: la adulación del mundo, 30.000 cartas apasionadas al mes, un contrato por el que le pagan 100.000 dólares por película, una cantidad exagerada de imitadoras, un fantástico abrigo, un impresionante «Cadillac», una piscina particular y, sobre todo, millares de hombres que la admiran muy por encima de las demás mujeres.

Se ha dicho que, en unas elecciones, a Marilyn se le darían el cincuenta por ciento de votos a favor y el cincuenta por ciento en contra. A favor irían todos los hombres y en contra todas las mujeres.

Es gracioso que estrellas de gran categoría hayan empañado su fama atacándola, trasiuciéndose claramente que lo que ha motivado sus palabras desagradables ha sido la envidia o el despecho.

Vemos que Zsá-Zsá Gabor prohibió a su marido, George Sanders, después de haberle visto trabajar con Marilyn en «Eva al desnudo», que volviera a dirigirle la palabra.

La famosísima Mistinguett, reina de las variedades hace unos lustros, cuyas piernas son célebres en el mundo entero como modelo de perfección, también ha sentido la punzada de la envidia que la ha llevado a decir:

—La Monroe no enseña nunca bien sus piernas. Parece que siempre esconda algo. A mí no me preocupaba que me miraran desde cualquier ángulo.

Se ve que muchas mujeres no comprenden que el encanto de Marilyn irradia de toda su persona y no de cualquier parte de su cuerpo.

El choque más famoso lo produjo Joan Crawford.

La veterana actriz confesó en una ocasión a los periodistas:

—Vistiendo de esa forma descarada, con esos vestidos tan descotados y andando con esos contoneos, triunfaría cualquier mujer. Pero una verdadera artista debe triunfar por su talento y no por su figura.

A lo que Marilyn contestó con gran ironía:

—Cuando tenga la edad de Joan Crawford ya me preocuparé de mi talento, pero ahora el público me quiere así y así he de presentarme a él.

Y es que se ha negado a Marilyn todo talento. En Hollywood, las mujeres hablan de ella, llamándola la «estúpida Monroe». Pero ello es fruto de la inquina. Ella ha deshecho el mito de que la mujer rubia es estúpida.

Como es natural, dado su irresistible atractivo, que es en primer término el motivo de su triunfo, la Fox le ha proporcionado siempre roles en que este atractivo se pusiera de relieve, sacrificando todas sus condiciones dramáticas.

Lo peor para ella es que los hombres no han buscado precisamente su talento; se han contentado con su fascinante «sex-appeal» y no se han preocupado de más. Las mujeres, en cambio, han prescindido de su belleza y le han negado el talento sin darle ocasión de demostrarlo.

Pero existe la opinión autorizada de Natasha Lytess, profesora de arte dramático que ha dado clases a Marilyn y a las mejores estrellas americanas:

—Marilyn posee una gran inteligencia — afirma Natasha —. Pero su belleza supera a su inteli-

gencia, oscureciéndola. Si fuera menos hermosa se diría que es extremadamente lista.

Marilyn se ha convencido de que no puede disminuir la antipatía que le profesa el sexo femenino y le paga con igual moneda. Decididamente, prefiere a los hombres.

—Yo quiero a los hombres —ha dicho—. Ellos me comprenden.

Esta confesión, mostrando su carácter sincero y directo, no se la perdonan las mujeres. Para ellas es un insulto. De este temperamento suyo ha hecho diversas manifestaciones que han provocado la indignación femenina en Hollywood.

—Posé desnuda para el calendario porque no tenía dinero —ha confesado.

En cierta ocasión, un periodista le hizo la clásica pregunta de las medidas exactas de su cuerpo. Ella contestó:

—92'5 cm. de busto; 59 cm. de cintura y 87'5 de cadera.

—¡Es raro! —comentó el periodista incrédulo—. Había oído hablar de 87'5 cm. de busto tan sólo.

—¿No me cree? —contestó decidida Marilyn—. ¡Pues médale usted mismo!

El titubeó un momento, pero cogió un cinta y se acercó a ella. Midió 97'5 cm. de busto, más de lo que había dicho Marilyn.

—¡Lo ve usted! —exclama la actriz—. Es como yo le dije. Si ha medido más es porque está usted nervioso.

Esto, que los hombres interpretaron como demostración de su temperamento sincero, las mujeres lo consideraron como una provocación. Desde en-

tonces la declararon persona menos grata todavía.

Pero a pesar de esta inquina que se le profesa, el «monroismo» ha triunfado en los Estados Unidos. Las mujeres no pueden sustraerse a la influencia de la rubia estrella y adoptan o intentan adoptar sus formas sugestivas, copian su andar felino que tanta atracción produce en los hombres, imitan la postura provocativa de sus labios entreabiertos y visten como ella, procurándose un parecido perfecto, sin duda con la intención de lograr lo que Marilyn consigue con tanta facilidad.

—Los hombres se pescan como peces —afirma—. Unicamente hace falta dejarles hablar y decir que sí a todo, para que se sientan admirados y comprendidos. Es un remedio infalible, porque entonces creen que una es inteligente y comprensiva.

Aquí se ve una de las cualidades de Marilyn, poco habitual en las personas de su sexo, y es que sabe callar. Aunque sin ella, creemos que «pescaría a los hombres como peces» de la misma manera.

Algunas de sus imitadoras se han hecho famosas. En los mismos Estados Unidos, Mamie Van Doren la ha copiado en los más mínimos detalles, alcanzando una notoria popularidad, aunque carece de la originalidad de Marilyn.

En Inglaterra, la más calificada «monroista» es Diana Dors. Y hasta en el Japón, la actriz Keiko Awji ha sido presentada bajo el título de «La Marilyn Monroe nipona».

Y es que la fama de Marilyn se ha extendido por el mundo entero. Su hermosura, su aire provocativo, su simpatía, han cautivado a los hombres de todas

las razas y continentes. Y ha suscitado las antipatías de otras tantas mujeres.

* * *

En Hollywood, Marilyn aparece poco en público. Su presencia en cualquier fiesta o en cualquier club da origen a hábiles maniobras por parte de las señoras para apartar a los maridos de ella.

Las amas de casa, al confeccionar las listas de invitados para cualquier fiesta, omiten siempre su nombre. Fallo que los maridos se cuidan de subsanar con toda prontitud.

Pero resulta enojoso para Marilyn aceptar estas invitaciones que le ocasionan situaciones violentas, que dejan en su corazón notas de amargura. Por eso renuncia casi siempre a asistir a los «cocktails», para no disgustar a las esposas celosas que, en cuanto ella aparece, aprietan con fuerza el brazo de sus maridos, temerosas de que se desencadene en ellos el entusiasmo que se ha despertado en tantos hombres.

Como muestra de ello referimos un hecho sucedido una noche de verano en que, a causa del calor bochornoso, Marilyn dormía en su habitación con la ventana abierta. Oyó un ruido y se despertó asustada al ver que un hombre penetraba en su habitación por la ventana abierta. Marilyn salió corriendo y llamó a los vecinos. El intruso fué detenido.

Al día siguiente se presentaron dos agentes diciéndole que aquel hombre era un policía y que si presentaba la denuncia sería expulsado del cuerpo,

condenando a sus hijos a la miseria. Llevada de su buen corazón, Marilyn perdonó, haciendo que el hecho no trascendiese.

A pesar de esta pasión que ha despertado en los hombres, a pesar de las innumerables cartas de amor que recibe diariamente, concertando citas, pidiendo fotos u ofreciéndose en matrimonio, Marilyn no ha tenido suerte en el amor.

Se casó con su primer marido cuando estaba sola en el mundo, víctima de la falta de cariño que siempre ha sufrido. Tom Dougherty representó la salvación cuando era una pobre huérfana, sin ningún apoyo en la vida. Con Tom no conoció el amor. Era simplemente una chiquilla que buscaba amparo y lo encontró.

Después de aquella boda y antes de conocer a Di Maggio, Marilyn vivió dos idilios imposibles: un hombre la amó locamente sin ser correspondido por ella. Y ella amó a otro que la engañó.

Johnny Hyde era el agente publicitario de Marilyn que la lanzó en los momentos en que ella necesitaba una buena propaganda. Estaba perdidamente enamorado de Marilyn; era una de las pocas personas con las que Marilyn aparecía en algún club nocturno de Hollywood o de Beverly Hills, ya que siempre que se la veía acompañada era para tratar asuntos profesionales.

Johnny era un genio de la publicidad y organizó las campañas fabulosas que han hecho de Marilyn uno de los personajes más famosos del mundo. Presentaba a su amada mucho mejor de lo que era: como él la soñaba.

Marilyn no sentía por él más que agradecimiento

y la simpatía y afecto que le ataba a cuantos la ayudaban. Johnny la pidió en matrimonio repetidas veces.

—No, Johnny — respondía ella —. Tú serás siempre mi mejor amigo, pero resultaría un matrimonio desgraciado. No estoy enamorada de ti. Lo siento, Johnny, pero no puedo aceptar.

El murió poco después de un colapso cardíaco. Marilyn lloró desconsoladamente la pérdida de su sincero amigo, al que contaba entre los pocos verdaderos y desinteresados.

Este amor imposible viene seguido de otro. Marilyn se enamoró de un actor del estudio. El era casado y Marilyn no ha querido revelar nunca su nombre para evitar disgustos familiares.

El nuevo amor tiene un tono romántico, dado el secreto del mismo que ha impedido conocer ningún detalle, excepto los que ha contado la propia Marilyn.

—El idilio duró muchos meses — dice —. Cuando nos veíamos, yo sentía una emoción extraordinaria. Parecía que un nudo me estrangulaba la garganta. Yo me sentía perdidamente feliz, creía estar en una eterna primavera. Me parecía que hasta entonces no había conocido el amor ni había aprendido a gozar de la vida. Cuando él se divorció, pensé que iba a llegar el momento de mi completa felicidad. Pero él no tenía la intención de casarse conmigo. Pronto vi que en sus palabras había cierta falsedad, mentía al decirme que me amaba. Cuando llegué a esta conclusión me sentí desesperada y lloré delante de él, que se rió cínicamente de mis lágrimas. Comprendí que no podía

ser feliz con un hombre que no tenía corazón, por mucho que lo amara.

Durante una temporada, Marilyn se sintió atraída por Marlon Brando, si bien el excéntrico actor no le prestó la menor atención. Ella, que no quería hacer el ridículo persiguiendo a un hombre a quien ningún efecto producían sus encantos, supo frenar a tiempo y volvió la espalda con indiferencia — real o fingida — al célebre protagonista de «La ley del silencio».

Aparte de estos amores imposibles, se ignora si antes Marilyn sufrió los asedios de Cupido. Pero hay que suponer que desde que es estrella famosa, no ha sido así, porque la Prensa ha estado pendiente de sus pasos y se conocen los mínimos detalles de su vida.

* * *

Junio de 1952 es un mes trascendental en la vida privada de Marilyn. Por entonces filma «Me siento rejuvenecer», con Gary Grant y Ginger Rogers.

Una tarde, David March, compañero de estudio, le dice:

—Siempre te estás quejando de lo difícil que es encontrar un joven agradable en Hollywood.

—Desde luego — replica Marilyn —. Es absolutamente cierto.

—Bien, yo tengo un galán para presentarte esta noche. Estoy seguro de que te gustará y le gustará.

Picada por la curiosidad, Marilyn preguntó:

—¿Es actor o agente de espectáculos?

—Nada de eso —contesta misteriosamente David—. Es el hombre más dulce que existe a este lado del Missisipi. ¡Palabra! Te espero a las ocho; a él le encontraremos en «Villanova».

«Villanova» es uno de aquellos restaurantes italianos a media luz, con botellas de «Chianti» y platos de «spaghetti».

Joe Di Maggio, uno de los más grandes jugadores en la historia del «baseball», espera en un ángulo del salón. David presenta a Marilyn al hombre alto, moreno, delgado de cara que, al verles entrar, se levanta rápidamente. Ambos sonríen complacidos por su suerte.

Los dos son sencillos y les cuesta arrancar una conversación. El explica que acaba de llegar de San Francisco, procedente de Nueva York. Marilyn conoce poco las dos ciudades. Se habla de cosas sin importancia durante la comida. Acabada ésta, David desaparece oportunamente con el complejo de número impar.

La conversación se hace más íntima. Marilyn relata su vida, su triste infancia, su dura adolescencia, su triunfo. El la escucha, mirándola a los ojos, bebiendo sus palabras. Le conmueve la historia azarosa de su nueva amiga y le atraen su sinceridad y sencillez.

Ella ha viajado poco, el trabajo se lo ha impedido, pero desea conocer nuevas ciudades.

—San Francisco y Nueva York son maravillosas —dijo Joe—. Yo las conozco bien. Tienen todas las cualidades modernas, pero también hay luga-

res con el encanto romántico de otros tiempos. Me gustaría enseñártelas.

—Espero que habrá ocasión para ello y creo que no encontraría otro guía más agradable.

—Bien, pero entonces estarás en deuda conmigo —siguió Joe—. Y para saldarla por anticipado debes enseñarme tú esta ciudad. No creo que otra compañía la haga más simpática.

Es una de aquellas claras noches de California en que las estrellas aparecen brillantes en el cielo.

Joe conduce el coche y pasean por las calles lentamente. Al pasar por el Sunsea Strip, él la invita a entrar en «Mocambo», «Ciro's» o cualquier «boite» de moda.

—Prefiero el sosiego de la noche —responde Marilyn, mirando los luceros.

Joe no contesta, se siente satisfecho de la negativa. No quiere compartir con nadie la compañía de esta mujer.

—Mi mayor deseo —dice Di Maggio— es acabar el contrato con la televisión. Este paseo por la ciudad es demasiado delicioso para renunciar a repetir. Volveré pronto a Hollywood y por más tiempo.

Joe vuela a Nueva York y regresa rápidamente. Desde este momento cruza continuamente el país del Atlántico al Pacífico.

Las citas se hacen continuas. No hallan lugar lo bastante solitario para gozar tranquilamente su mutua presencia. El apartamento de Marilyn les ofrece un cobijo acogedor y romántico. Allí escapan a la Prensa y a la nube de cazadores de autógrafos

que los rodean en todas partes atraídos por su fama.

El idilio comienza sencillamente, de la misma forma que se han conocido. Son dos personas que se admiran mutuamente, que al conocerse se han sentido atraídas por una irresistible simpatía.

En el apartamento de Marilyn guardan el secreto de su noviazgo. Están hastiados de cuantos sacrificios impone la fama. Se ven solitariamente y pasan las horas juntos. Marilyn hace de ama de casa y prepara la comida. Joe se burla un poco de ella y se ríe de sus escasos conocimientos culinarios.

Nunca se han sentido tan felices como en aquellos momentos en que sólo viven el uno para el otro.

Pero las obligaciones hacen ir y venir a Joe de Nueva York. Los periodistas ya están ojo avizor sobre sus idas y venidas. Al fin todo se descubre. Marilyn no ha podido resistir una ausencia demasiado larga y vuela a Nueva York. En el aeropuerto una multitud de admiradores la aclama.

—¿Qué es lo que más le gustaría ver de Nueva York? —le preguntan los periodistas.

—A Joe di Maggio —contesta ella con entusiasmo Joe, cumpliendo su promesa, hace el guía ideal de la ciudad.

—Nunca me pareció tan maravillosa —confiesa Marilyn al partir.

Todos los periódicos publican en primera página la sensacional noticia. El idilio pierde todo el encanto y el sabor íntimo de la clandestinidad.

* * *

Aquel año fué de intenso trabajo para Marilyn en los estudios. Llegó a rodar cinco películas: «No estamos casados», «Cuatro páginas de la vida», «Don't Bother to Knock», «Me siento rejuvenecer» y «Niágara». Su fama ya había traspasado los límites de la popularidad, pero en cambio no se le habían confiado grandes interpretaciones hasta llegar a «Niágara». En ésta figuraba en el trío estelar con Joseph Cotten y Jean Peters. Con «Niágara» alcanzó un éxito de interpretación, cerrando la boca a cuantos la consideraban inútil para la comedia dramática. Baste decir que su labor estuvo a la altura de los otros dos grandes actores.

En 1953, su triunfo artístico fué completo. Trabajó en «Cómo casarse con un millonario», «Río sin retorno», y su mejor film. «Los caballeros las prefieren rubias», que la ha puesto en un plano destacado entre las actrices de más simpatía cómica.

Durante el rodaje de «Río sin retorno», que se realizó en el Canadá, hizo acudir a Joe a su lado pretextando tener miedo de su «partenaire» Robert Mitchum.

—Robert Mitchum ha sido el único hombre que me ha inspirado temor —dice la rubia estrella—. Me lo habían presentado como a un Don Juan, duro y salvaje, y ante él me sentía anonadada. Por eso reclamé a Joe para que se interpusiera entre ambos.

Quizá esto sea una argucia de mujer para acelerar la boda, quizá sea simplemente la verdad. Lo cierto es que inmediatamente, en 1954, en la ciudad de San Francisco, contraen matrimonio los

dos personajes más famosos del cine y del «baseball»: Marilyn Monroe y Joe di Maggio.

Es una unión por amor. Ambos tienen gustos parecidos, una sensibilidad semejante. Los dos aborrecen la multitud que los aplasta al salir de la capilla y que los aclama enardecida haciendo votos por su felicidad.

La Prensa universal publica fotos de la ceremonia y les concede más importancia que a los ensayos de la bomba H. Marilyn y Joe han conseguido borrar de la primera página de los periódicos los sesudos editoriales sobre el peligro comunista o la paz mundial.

La dicha que les embarga se ve empañada un momento. Marilyn ingresa en un hospital para ser intervenida quirúrgicamente. La operación es satisfactoria e inmediatamente emprenden el viaje de luna de miel. El primer paso es el Japón.

La acogida japonesa es una demostración de su fama y del cariño incondicional de su público. Inmensas multitudes se congregan por donde ellos tienen que pasar, siendo objeto de las mayores muestras de simpatía.

Pero el recibimiento nipón no es nada comparado al que le prodigan las tropas americanas en Corea. Las autoridades militares le ruegan que actúe ante los soldados. Marilyn acepta a pesar de las molestias que le produce esta actitud en su viaje de bodas.

En un tablado se presenta ante más de treinta mil personas. Las aclamaciones y gritos de la tropa son algo impresionante. Canta varias canciones para los soldados, que son acogidas con unos víto-

res más entusiastas que los tributados al más heroico general. Todos están de acuerdo en que la policía militar nunca tuvo tanto trabajo para mantener el orden.

A pesar del fuerte acordonamiento, la vigilancia se ve incapaz de contener la avalancha, debiendo intervenir el general en jefe. Marilyn tiene que esconderse y se suspende la función. Luego dió alguna que otra representación con parecido éxito.

Durante estas sesiones, Joe se mantiene apartado, sin querer aparecer en ningún sitio. Pero esto no le agrada. Se da cuenta de que Marilyn no le pertenece por completo, de que el público reclama al ídolo que él mismo ha creado y que la actriz tiene que corresponder a tanta fama y a tanto cariño.

El viaje de luna de miel ha sido el primer golpe. Pero Joe tiene la esperanza de que todo se arreglará, que las cosas volverán a su sitio. Quiere creer que todo es debido al momento especial en que se hallan las tropas, ansiosas de regresar a sus hogares.

Joe piensa que volverán a ser felices como en aquellas horas que pasaban juntos en el pequeño apartamento de Marilyn. Espera que allí pasará el mal sueño del viaje.

Pero en Hollywood, Marilyn se reintegra al trabajo. La Fox quiere hacer varias películas y la somete a duros esfuerzos. El carácter de Marilyn se ha debilitado, sus nervios están en continua tensión y precisa que un psiquiatra la atienda continuamente.

Joe no quiere ir al estudio a presenciar los roda-

jes y pasa las horas en casa, muerto de aburrimiento. Marilyn regresa tarde, cansada, excitada, de mal humor y debe descansar o estudiar guiones; no hay lugar para el cariño, no existe el hogar. Joe está decepcionado.

—Marilyn, deberías reposar. Deberías dejarlo todo. Este trabajo agotará tu salud. Ya has sufrido bastantes sacrificios —le dice Di Maggio—. Esto no es el nido de amor solitario y tranquilo que habíamos soñado juntos. Ya has alcanzado la fama. Nada te hace falta. Emprendamos un viaje a un lugar donde olvidemos que en el mundo existe el cine, los estudios y el público.

—El público —y al pronunciar esta palabra la voz de Marilyn tiene un deje de arrobamiento—. Yo no puedo olvidar nunca a mi público. A él se lo debo todo. Si no fuera una actriz famosa tampoco te hubiera conocido a ti. No puedo traicionar a quien me ha hecho un presente así.

—Pero recuerda que somos un matrimonio. Estamos recién casados y ésta no es la vida de unos recién casados. No sé, pero creo que no formamos una pareja feliz.

—Yo te quiero Joe, ¿no basta? —contesta ella tristemente.

Joe sabe que eso no basta. Para no defraudar al público le defrauda a él. Sus horas muertas en casa se hacen más largas y aburridas. Va creyendo que aquello no tiene solución. Existe algo más importante para Marilyn que su amor.

* * *

El golpe definitivo al matrimonio lo da el rodaje de «Seven Year Itch», en Nueva York.

En plena calle, una gran multitud contemplaba las incidencias del rodaje. Allí está también Di Maggio, con la tristeza del que ve algo suyo compartido por una fuerza mayor.

La escena en la que Marilyn cruza por encima de una reja de donde sale aire le irrita. La muchedumbre aplaude cuando el aire levanta la falda de la actriz. Joe desaparece; no puede resistirlo. Se convence definitivamente de que su amor ha perdido, ha sido arrollado por el entusiasmo del público. Comprende que su felicidad con aquella mujer, que está ligada tan fuertemente al mundo, no es posible. En este momento decide la ruptura. El cine ha triunfado sobre Joe Di Maggio.

En octubre del mismo año tiene lugar la separación, dictada por un tribunal de Reno.

Las incidencias del divorcio vuelven a apasionar a la gente de todos los países. Las declaraciones de ambos aparecen en las revistas y diarios. Las fotografías muestran a Marilyn con las lágrimas en los ojos. Ha aceptado la separación porque ama a Joe y quiere librarle del lastre que ella significa para su felicidad. Su destino fatal la alcanza con otro duro golpe. Parece que el amor no le llevará nunca la felicidad.

Sus afectos son demasiado fuertes. Sus dos mundos íntimos que llenan todo su ser, Joe y el cine, chocan violentamente, son demasiado intensos para hallar cabida juntos en su corazón. Uno tiene que desbancar al otro.

Era inútil que ella se esforzara para agradarle.

Era imposible poder aplicar los consejos que pedía, porque llegaba a casa agotada. La tensión y el esfuerzo que le imponía el cine le impedía poner en práctica sus deseos y su buena voluntad se veía frenada por el cansancio.

Muchos pensaron que su boda representaba el fin de su carrera cinematográfica, pero éstos no conocían a fondo a la estrella. No renunció a la gloria, a lo que tanto había deseado y la había llevado a la admiración, a la opulencia, al bienestar, y a la seguridad, y que le había traído a Joe.

Marilyn ha reparado prontamente la desilusión que causó a su público. Al verla en la pantalla, todos pensaban que les pertenecía un poco y que podían aspirar a ella. Di Maggio ya ha desaparecido y ella vuelve a ser libre en la cima de la fama y de la gloria, en el primer puesto del firmamento de Hollywood.

Hace pocos meses, Marilyn dió por terminado su contrato con la Fox. A partir de ahora, ella misma será la productora de sus películas.

* * *

La negra estrella que acompañaba su infancia y adolescencia se ha trocado en un rutilante lucero. Ha logrado los sueños dorados que bullían en su imaginación en los días tristes de su estancia en el orfanato. El abandono en que se hallaba sumida se ha trocado en afecto y admiración. Pero en su corazón hay un fondo de amargura.

Parece que lo ha logrado todo, pero su felicidad no es completa. Cuando está sola, Marilyn con-

templa el cielo con los ojos llorosos, pidiendo a los astros un amor más fuerte que el que le trajeron un día en que ella prefirió, a la música y al champagne, la tranquilidad y el sosiego de la noche.

Así es

MARILYN MONROE

Marilyn Monroe pasaba un mediodía por delante de la terraza de un bar, cuando una amiga, que se hallaba sentada ante una de las mesas, la invitó a tomar una taza de café.

—No puedo, gracias —se excusó ella—. Tengo una cita importante a las doce.

—¡Vamos, mujer! —exclamó la otra—. Tienes tiempo de sobra. Precisamente son las doce en punto.

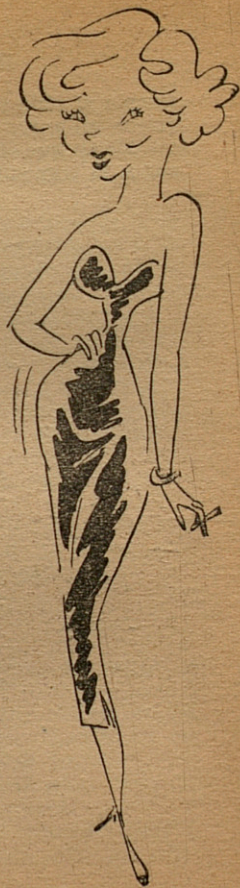
En vista de lo cual, Marilyn aceptó encantada la invitación.

La amistad es una gran cosa. A todos nos gusta tener buenos amigos. Pero, de entre los que pululan a nuestro alrededor, ¿quién es realmente un buen amigo?

Un entusiasta admirador ofreció a Marilyn un magnífico automóvil.

—¿Vas a aceptar un regalo así de un extraño? —le preguntó una de sus compañeras.

—El que me regala un automóvil —contestó Marilyn— se convierte automáticamente en un gran amigo mío.



(Dibujo de Muñañola)



án a la venta!

JOHN WAYNE.—El actor más «taquillero» de América fué en su juventud tímido con las mujeres. Ahora se le considera uno de los hombres que pagan más crecidas cantidades en concepto de pensiones a sus ex-esposas. Una biografía sentimental y dinámica, en la que se plasma maravillosamente la triunfal carrera de este hombre que ha sabido ganarse las simpatías de Hollywood y de todos los aficionados al cine.



ERROL FLYNN.—La vida de un muchacho que no supo conformarse con la existencia placida que su posición familiar le ofrecía. Por propia voluntad fue vagabundo, ayudante de cocinero, soldado, marinero, pescador de perlas, y otros mil oficios hasta llegar a ser escritor y astro de la pantalla.



HEDY LAMARR.—La emocionante historia de una burguesa que escandalizó al mundo entero y asustó a Hollywood. Un destino extrañamente truncado cuando parecía haber alcanzado su punto culminante. Su firme decisión la convirtió en una de las más brillantes estrellas de la pantalla. ¿Por qué se apagó tan pronto su fulgor?

¡DE PROXIMA APARICION!



ROCK HUDSON

Rock Hudson, que se ha convertido en el ídolo número uno de las mujeres norteamericanas, fue abandonado por su novia mientras se hallaba haciendo la guerra en el Pacífico. Intentó varios oficios antes de presentarse a los Estudios en busca de trabajo. Su madre ha sido siempre su gran amor y su guía.

GINA LOLLOBRIGIDA

Feliz y enamorada de su marido, Gina está ascendiendo a una velocidad vertiginosa la escalera de la fama. Después de triunfar en Europa despertó el entusiasmo del pueblo norteamericano, cuya prensa la llamó «la Marilyn Monroe morena». Un contrato con Howard Hughes le impide trabajar en los Estados Unidos.



CLARK GABLE

Uno de los pocos veteranos del cine que se mantienen firmes en su puesto de primera línea. Procedente del teatro, ha trabajado ante las cámaras con las más célebres artistas. Un ídolo de las mujeres que no ha conseguido arraigar en ninguno de sus matrimonios. En su biografía hallará los curiosos consejos que da este actor para conservar la salud y vivir muchos años.

LESLIE CARON

La dulce «Lili» tuvo que luchar contra la voluntad de su padre para poder ser bailarina. Muy pronto, Gene Kelly la descubrió para el cine y la convirtió en una de las más cotizadas estrellas de Hollywood. Una amena historia en la que se describe el curso de su carrera y el fracaso de su matrimonio con un excéntrico millonario.

